



Círculo Rojo

**MANHATTAN NUNCA
BRILLA SIN OSCURIDAD**

MANHATTAN NUNCA
BRILLA SIN OSCURIDAD



José Satori

Primera edición: junio 2021

Depósito legal: AL 1692-2021

ISBN: 978-84-1104-487-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: José Satori

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Dayana Vargas Melo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor maneja en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Dedicado a mi hijo Alejandro,
esa luz que ilumina mi camino...*

ÍNDICE

Prólogo.....	11
1. La sombra de la sombra.....	19
2. El noble arte de la luz.....	35
3. El reencuentro de la claridad	51
4. La explosión de las sombras.....	67
5. De la luz, el vino y las rosas con espinas.....	83
6. El claroscuro significado del algodón.....	95
7. Tambores de guerra en la sombra de la luz.....	111
8. El reflejo del filo de la navaja	125
9. La orilla de la incandescencia.....	141
10. <i>The ring of fire</i>	155
11. Nadie conoce a nadie en el imperio de las sombras.....	167
12. La inestimable compañía de la oscuridad.....	181
13. La providencia de la luz.....	191
Epílogo.....	199
Agradecimientos.....	203
Bibliografía.....	207

PRÓLOGO

Satori ha escrito un *blues*, un *blues* circular y claroscuro. Satori ha escrito un *blues* a lo Howlin Wolf, pero sospecho que no lo sabía cuando encontró en la basura aquella foto de *Almuerzo en lo alto de un rascacielos*, ni cuando se jió en el obrero número once y pensó en todo lo que le había llevado hasta allí, ni siquiera cuando entendió que las cosas más geniales surgen de la casualidad, la magia o el destino, junto a un trabajo brutal e incesante, o cuando supo que, definitivamente, hay fuerzas invisibles y conadas que superan a cualquier voluntad.

Quizás Satori no lo sabía cuando ocurrió todo esto, ni siquiera cuando comenzó a escribir el primer capítulo como un loco a la caída de la tarde, sin más intención que construir un relato corto, pensó, intencionado y corto, algo fugaz para pasar el rato. Quizás no lo supo hasta después, pero, al leer su libro, este *Manhattan nunca brilla sin oscuridad*, uno se da cuenta de que Satori ha escrito un *blues* claroscuro y circular, áspero y violento, complejo —porque la vida nunca es fácil— y lleno de rendijas y escaleras de emergencia que conectan su historia con cualquier historia, como caminos y calles que llevan al mismo lugar. Un *blues* a lo Howlin Wolf, cuando cantaba *Smokestack Lightning*, o así.

Satori ha escrito un *blues* que sabe a *bourbon* y a rabia, que suena a Howlin Wolf y a Ella Fitzgerald. Un *blues* de ley seca y mano de hierro que empieza antes de que el *blues* fuese una moda y que atrona como un estruendo silencioso por Baxter Street a la altura de la esquina con Mulberry.

La novela que tenéis en las manos, queridos lectores, *Manhattan nunca brilla sin oscuridad*, de Jose Satori, es un *blues* asxiado de esperanza, como una canción triste y radiante sobre doce compases y un patrón que se repite machaconamente. Un patrón que insiste, una y otra vez, en bucle, una y otra vez, en que para que haya luz debe haber oscuridad, tal y como para que haya ruido debe existir el silencio, y para que algo se llene siempre debemos dejar un hueco.

Conocí a Satori hace años en su gimnasio. Entré no muy convencido a una clase de *kick boxing* sin saber muy bien a dónde iba. Recuerdo ver un *gif* en un muro de Facebook en el que se veía a varios hombres practicando *kick boxing*. Al verlo por tercera o cuarta vez, no supe si hacían *kick boxing* o bailaban *swing*. Ese era mi nivel, en verdad, no soy muy de gimnasios. Satori llevaba la clase de forma magistral, a ratos como un emperador, tipo Marco Aurelio, a ratos como una especie de gladiador, al estilo Marco Atilius, supongo. Todo era raro y distinto.

Tras varias dinámicas y en uno de los descansos, Satori empezó a contar un cuento, sí, sí, un cuento poético, vertical y extraño, un cuento con una especie de moraleja nal. No entendía nada. ¿Una clase de *kick boxing* con un cuento de regalo? ¿Un profesor emperador, gladiador y lósofo? ¿En verdad, no estábamos bailando *swing*? La oferta me pareció irrefutable. Me quedé a la clase, conocí a aquel tipo y, poco a poco, fuimos forjando una amistad que llega hasta aquí.

Jose Satori es pasión, boxeo y *swing*, y un cuento con moraleja nal de la clase. Satori es arrebató y un tsunami ambulante, un veneno pendiente y un tipo de frente, de los que merece la pena conocer. Satori, en medio del con namiento y del macabro baile

de máscaras, sacó a pasear a su perro y encontró una historia en la basura. Satori, que es uno de los chicos listos de la clase y sabe distinguir la valentía de la temeridad, intuyó el brillo del diamante entre los despojos y comenzó a escribir una historia que le llevaba, irremediablemente, hasta aquí y hasta a aquel viaje que hizo a América, hace años, sin muchas ganas y con muchas sorpresas.

Satori empezó a escribir y a olvidar, porque escribir también es olvidar, y quiso dejar atrás el mundo que moría infectado, y a sus futuros lectores, y olvidar el ruido y la fiebre y la falta de oxígeno, y los cierres de negocios, y la miseria, y los muertos, y todo los demás. Solo en ocasiones, entre párrafos y correcciones, pensaba en su hijo, y así, cargándose de fuerzas con la imagen de Alejandro, seguía escribiendo como un loco a la caída de la tarde.

Satori ha escrito un cuento al final de una de sus clases de *kick boxing*, pero este cuento, que empezó como un relato corto, se le ha ido de las manos y ya vuela solo. Un cuento largo que es un *blues* y un grito hacia atrás, una escalera de emergencia que conecta las ventanas de los edificios de Little Italy como una canción agridulce de Robert Johnson, un cuento que nace y sufre, un hilo fino de humo que reptaba discreto por las calles de New York City hasta desembocar en el océano frío. Una novela, que es un cuento y un *blues*, insisto, cuyos personajes viven sobreviviendo, y muriendo, en uno de los círculos de *La divina comedia*.

Porque esa es otra cosa que quería comentar. Satori me recuerda a Dante Alighieri en *La divina comedia* cuando escribió aquello de que «es fácil descender a los infernos, pero salir de allí es otra cosa». El inferno siempre son los demás, que dijo Sartre. Los personajes de *Manhattan nunca brilla sin oscuridad* son héroes de barrio, glorias derrumbadas, pájaros de barro, gente sin nada en las manos y con toda la carga de la esperanza en las espaldas, hombres y mujeres crudos, como la carne cruda, que luchan en ese estrecho espacio entre la luz y la oscuridad, el ruido y el silencio, lo lleno y lo vacío, intentando escapar del incendio como en el *Canto V* cuando se desciende al averno de los tormentos y Dante senten-

cia: «del primer círculo al segundo, que contiene menos espacio, pero mucho más dolor». Menos espacio y más dolor y, a la vez, más esperanza y nuevas cicatrices, invierno y verano.

Porque así es el mundo de Satori que ahora tienes en las manos: ensayo y error, contraste y verificación, reencuentros y distancias, paz y explosiones, vino y rosas con espinas, hierro y espuma; la estabilidad inquieta sobre el rejejo dello de una navaja y un epílogo. *Manhattan nunca brilla sin oscuridad* es un blues, una salida o una escalera de emergencia en Little Italy, un cuento escrito por un emperador loco y un gladiador sediento, un regalo por las calles de NYC a la caída de la tarde, una peli, un estrecho, Dante, Marco Aurelio y Marco Atilius...

Esta novela, digo, es una colección de espejos que se reflejan unos en otros y un juego de muñecas rusas y rotas; algo así como el día frente a la noche, la luz y la oscuridad, un estruendo y un silencio pertinente, gente que sueña y soledad junto a la música de Howlin Wolf, Ella o Robert Johnson, una partida de póker entre contrastes e interpretaciones bajo la estricta ley de la calle, vidas ásperas e inerno, la gloria pasajera que dura un instante, personajes que sueñan y mueren: la vida, en definitiva. Todo esto es *Manhattan nunca brilla sin oscuridad*, amigos, una historia llena de caminos y calles que llevan al mismo lugar, aunque sospecho que quizás Satori no lo sabía cuando encontró en la basura aquella foto y sejó en el obrero número once y pensó en todo lo que le había llevado hasta aquí.

Roberto López Fernandez

«En las profundidades del invierno finalmente aprendí
que en mi interior habitaba un verano invencible».

Albert Camus

Cuando se asume que esta vida es una prolongación de la muerte, el ser humano aprende a valorar cada día como un regalo. Porque una vez sacado el misticismo de esa existencia basada en el éxito y entendiendo que de esta partida nadie sale vivo, aprendemos a tejer unas nuevas y diferentes reglas del juego. Comenzamos a dar más valor a nuestro presente que a los sueños inconformistas y encadenados de un futuro incierto.

No es que la vida sea mala; son malas las falsas expectativas. Esas que te llevan a la insatisfacción del alma o a la frustrada carrera contra ti mismo.

Nuestro boxeador así lo entendió desde los hechos que le condujeron a su estrepitosa caída, en la que se quedó solo y a merced de los acontecimientos.

No es que no tuviera sueños, sino que por aquellos tiempos vivía permanentemente en una realidad por encima de cualquier dulce desenlace.

Tampoco su nombre en esta historia es relevante, como nunca un único adjetivo puede resumir el espíritu y la esencia del ser humano cuando lucha con toda su alma contra los elementos.

Y en el juicio que posterga al individuo del odio o beneplácito del vecino, solo realmente el protagonista puede paladear el sabor de su propia sangre y convertirse en el genuino actor de su intransferible historia.

En este alquitranado camino, que es la vida, no solo se trata de tener buenos momentos; la verdadera fortaleza se muestra cuando la suerte es manifiestamente adversa y somos capaces de sacar la entereza y la garra, para seguir guerreando cada palmo con actitud de victoria. Los verdaderos buenos momentos no se viven... se conquistan...



1. Foto LOWER EAST SIDE

1. LA SOMBRA DE LA SOMBRA

Aquel portero machacado por los años, en aquel viejo burdel de Baxter Street..., hubo un tiempo en el que se quería comer el mundo y al final el mundo se lo acabó comiendo a él. Por eso asomarse al abismo cada noche, aún con esa artrosis permanente en las manos, le hacía sentir vivo. Muchos años atrás como amante campeón de boxeo de los pesos pesados, otra época sin duda.

De un tiempo a esta parte vivía con ese insoportable musgo sobre sus párpados con los que jamás podía recordar con franqueza, era un pasado lleno de sombras, recubierto con el propio verdor enmohecido de su mirada... Le quedaba ya poco amor que dar en sus bolsillos y a veces sentía unas irremediables ganas de saltar al vacío. No era temeridad, sino puro sentimiento por volar lejos de aquel mundo.

Aun así, siempre y a pesar de escarbar algo en las heridas del alma, seguía buscando la jugada maestra y poder coronar el futuro con todo el peso del pasado...

Entrando en su viejo apartamento las sensaciones parecían numeradas en recortes de periódicos: aquellos almanaques de hace veinte años, muchas fotografías con marcos carcomidos en ese salón antiguo y un profundo olor a humedad a casa cerrada, con

el alma también sin airear. En su cuarto de baño, una colección de peines y cepillos de dientes de sus últimas amigas, le gustaba conservar algunos trofeos; no tendría mucho encanto, pero todo formaba parte de una historia de perdedores, como todo en esa inquieta y vieja ciudad.

Era ya muy tarde, noche cerrada y hacía un frío que te helaba el alma. Encendió su tocadiscos y comenzó a sonar la gran diva Ella Fitzgerald, con ese sublime *Summertime* que le transportaba muchos años atrás a noches llenas de magia. La música siempre tuvo la capacidad de tocar los rincones más profundos de su acorazado corazón.

Bourbon con dos hielos y esa quemazón en la boca con gusto a madera, un grato y efímero placer que le transportaba a la contienda de su último combate; era el tiempo en el que los relojes se paraban y las bandejas de oro se convertirán en destellos de sombras en su cabeza.

Cada vez que le asediaba la niebla, volvía a recordar los años de descubrimiento de su lado más salvaje, esas horas interminables de entrenamiento, duros *sparrings* y cortes de peso que le cambiaban continuamente el humor; también recordaba el olor a sangre, de lo que ahora eran añejas cicatrices. Después, en su cabeza, aquel laberinto de calles, las estas repletas de carcajadas, mesas reservadas con innumerables caras que, sin duda, ahora estarían ajadas y desdibujadas por la saña del tiempo; recreando aquella hedonista sensación en la búsqueda del placer, en noches interminables, días, noches... y la sensación de vacío en el estómago, el olor a hiel, a desengaño, colchones vacíos y corazones rotos...

Fue aquel un tiempo como un gran des ladero, donde todos creían estar en lo cierto, donde cualquier agujero era trincheira, donde todos se conocían y realmente nadie conocía a nadie. Aquel mundo de la noche que seguía tras cada combate ganado. Años de palmadita en la espalda, mujeres oportunistas y mucho dinero tirado por la taza del váter.

Cuando el maldito *blues* de Robert Johnson sonó con su *Crossroad*, pudo volar entre el bien y el mal con la estoica moralidad de